

XI

VIOLETAS DE LA PAZ

Y DE LA MUERTE

Dos mujeres sencillas y piadosas celaban con tierna solicitud el honrado y humilde hogar manchego de don Quijote. Era una, sobrina del hidalgo, moza de floridos abriles, ingenuo corazón y graciosa llaneza; la otra, ya rolliza y dura matrona, presidía el manejo de la casa en calidad de ama de llaves. Ambas se avenían al terruño con ese hondo cariño de las almas tranquilas que gustan derramarse en el cotidiano rincón y cultivar silenciosos amores, llenos de paz y mansedumbre.

Cuando el inquieto espíritu del caballero andante cernía sus alas fuera de la linde familiar, ya las dos mujeres temblaban por el común sosiego, imaginando peligros y zozobras que habían de interrumpir la apaci-

ble quietud de aquella vida, oscura en apariencia, colmada sin embargo de menudos goces escondidos, y encendida con serena luz interior.

La Mancha, *Tierra seca*, según los árabes la bautizaron, tierra salobre y triste, lisa y monda, sin accidentes ni contornos, parecía un regazo hostil a los suaves corazones femeninos. Mas cuando se lleva en las entrañas la dulzura y la piedad amasadas con la paciente condición doméstica, no hay en el mundo agrura ni aridez que el alma no trueque en blando y gustoso camino.

«El ama» y «la sobrina», como suele llamarlas Cervantes nimbándolas de encantadora humildad con el anónimo, son dos buenas criaturas de éstas que decimos, capaces de acendradas abnegaciones y hondos anhelos. Pasan por la gran novela española como un símbolo de fidelidad, como un perfume de modestia. En la azarosa vida del militante hidalgo aparecen lo mismo que un dulce valle acogedor, igual que un remanso de beata placidez. No tienen en las aventuras quijotescas un perfil que destaque ni un nom-

bre que resuene; pero alzan una sombra de paz, pronuncian unas palabras de íntimos acentos maternos.

Cuando vuelve don Quijote de su primera salida caballeresca, padeciente y maltrecho, le reciben unos brazos solícitos y cariñosos, ungidos de ternuras, y no descansan hasta que el cuitado convalece.

Pero hay que prevenir otra funesta escapatoria, y las mujeres de la casa, dueñas de aquellos brazos incansables, han tomado una resolución. Ya que a don Quijote le conturban los libros de caballería, pasto intelectual a que se entrega con verdadero frenesí, deciden quemar los tomos que posee y tapiar la estancia donde los conserva como un tesoro. Y con anuencia de los amigos interesados en la salud del noble enfermo, van por la ventana hasta el corral un montón de ejemplares destinados a la purificadora lumbre.

Hijos espirituales son del glorioso *Amadis de Gaula*, «doncel del mar», penitente inolvidable de la «Peña Pobre», que en sus célebres bodas con *Oriana* parece haber en-

gendrado a todos los héroes y paladines celebrados en libros de caballería hasta que se compuso el del propio don Quijote.

Cuando han ardido cerca de cien volúmenes acusados de hechizar a nuestro caballero, ya éste se prepara, sigilosamente, a una nueva salida aventurera; pero antes busca sus amados libros para nutrirse en ellos de enseñanzas y empaparse de heroicos ejemplos.

Busca en vano: la puerta del gabinete ha desaparecido. Pregunta, lleno de inquietud, y le responde el ama con aire misterioso:

—Ya no hay aposento ni libros en esta casa, porque todo se lo llevó el diablo.

—No fué el diablo—repone la sobrina—, sino un encantador que vino sobre las nubes, montado en una sierpe.

Escucha don Quijote sorprendido y absorto, y ella, engañándole como a un niño, sigue diciendo, con infantil empaque:

—Así que vuestra merced salió de aventuras por esos mundos, llegó volando el duende, entró en el aposento de los libros y escapóse luego por el tejado, llenándonos la



casa de humo. Al partirse nos dijo, a grandes voces, que por enemistad contra el dueño de tales prendas dejaba hecho aquel daño, y cuando el ama y yo acudimos a remediarle nos hallamos sin tomos y sin gabinete...

El buen caballero achaca a su mala fortuna todos los percances fantásticos que en su casa le cuentan; supone que tiene por enemigos a varios sabios hechiceros, y les acusa de cuantas calamidades le ocurren.

Y la gentil sobrina aprovecha esta inocente credulidad para componer historias que amedrenten al hidalgo. Aunque no lo consigue se entretiene en contarle picardías del encantador Merlin, aquel brujo escocés que inspiró al Rey Artús la fundación de la Orden de la Tabla Redonda, y dió luego tanto que hacer a la andante caballería, en calidad de mago irresistible.

Esta moza que inventa, con gracejo exquisito, cuentos medrosos para detener en su casa a don Quijote, deja correr la juventud lo mismo que vió pasar la infancia, entre consejas familiares, labores caseras, rezos y suspiros. Tal vez durante sus horas

más felices piensa en el apuesto garzón que toda niña aguarda; acaso, ansiosa de más altos amores, sube hasta Dios sus codicias, y sueña con la clausura conventual, donde puede vivir como un ángel y morir como una elegida; quizá mientras la fantasía juvenil mezcla los hilos de ensueños y esperanzas, surge entre los dedos de la moza un encaje de Almagro, primoroso tejido que también, por lo sutil, parece una ilusión...

Así, olvidada y hacendosa, vive la joven escondida como las violetas; cultiva unas flores, hace confituras, teje una randa; viste, a diario, saboyanita de caniquí y falda de anascote, y se ciñe en las fiestas un verdugado para ahuecar el traje de sirgo.

De esta figura, interesante y velada, se desprende un aroma de belleza, el fragante secreto de la virtud, que por humilde, por vulgar que se muestre, es la más noble corona de una mujer.

El ama y la sobrina sufren hondo pesar cuando se les hurta don Quijote por segunda, por tercera vez: lloran desconsoladamente la incurable, la heroica demencia de

su señor, y maldicen aquellas seductoras fábulas que de tal manera le turban el juicio. ¿Qué saben las pobres mujeres pueblerinas, criadas junto a la lumbre del hogar, asentadas a la sombra del campanario de su aldea; qué saben de inquietudes y ensueños, de sublimes locuras, de esas altas demencias del espíritu que empujan a los héroes por los caminos del mundo? ¿Qué saben las tristes, las tímidas, las temblorosas violetas, nacidas en la paz de los huertos familiares, de esas rebeldes flores del desierto, aventureras y errabundas, como la rosa de Jericó, rosa de vida y de embriaguez, que se entrega con ansia al furor de los aires, huye en sus alas voladoras del yermo enjuto donde nació, y a fuerza de golpes, amada y maltratada por el viento, esparce y derrocha sus gérmenes hasta encontrar, en tierra más generosa, un sorbo de agua con que apagar la sed?

Violetas de la paz, el ama y la sobrina sufren callando las peregrinaciones de su dueño; le aguardan con viva incertidumbre y le reciben, al fin, en lastimosa actitud,

«rey de burlas», prisionero de la Ilusión, cautivo de la Quimera inmortal. Entonces le asisten, le curan y fortalecen con materno cuidado, con ese heroísmo de mansedumbre, de piedad y templanza que opone la mujer a la febril exaltación de los hombres. Y cuando el pobre caballero retorna definitivamente a su casa, vencido por la realidad desde la cumbre del bizarro ensueño, y se dispone a emprender el último, el eterno viaje, aquellas dos hembras, tan cariñosas y humildes, se abrazan al lecho del hidalgo, alivian su dolor y se doblan allí más hermosas que nunca, sobre la amada y fría sién, como violetas de la muerte...

¡Qué grave, qué profunda y desgarradora solemnidad tiene el augusto fenecer de don Quijote en aquel aposento donde imaginó tantas veces redimir al mundo con el esfuerzo generoso de su brazo, donde soñó tantas noches a la luz veladora de un ideal inasequible, buscando con los ojos de su alma senderos inmortales al través de las estrellas!

«Puesto ya el pie en el estribo», ceñidas

las armas de la oración, afronta la postrer aventura con una lucidez tranquila y angelical, de hombre justo y cristiano. Habla encendido por la fiebre que le consume, y, sin embargo, no delira: sus palabras son luminosas y bellas, perfume de un sano corazón bien despierto y maduro para la muerte. Reconoce que ha vivido soñando; lamenta su desatada afición por los libros de caballería, beleño del buen juicio, y asegura que recobra la razón para morir en paz.

Ya no quiere llamarse don Quijote de la Mancha, como en las jornadas andantescas, sino Alonso Quijano el Bueno, lo mismo que en las antiguas horas de cordura, antes de meterse a paladín por los caminos adelante.

Y Quijano el Bueno pronuncia entonces el nombre de la sobrina, Antonia, dejándola por heredera de sus bienes, a condición de que si toma esposo no le admita iniciado en libros de aventuras andantes, que no quiere el hidalgo contraer parentesco, ni siquiera póstumo, con un *Tristán del Verde*

*Escudo ni con un Amadis de la Ardiente Espada.*

Todo lo cual no significa, según piensan algunos, que el héroe abdique de su ideal caballeresco, pues el amor y la justicia, la esperanza y la fe, brillan con luz más fuerte y más gloriosa, a los ojos de un caballero cristiano, en el instante de morir. Lo que Alonso abomina y maldice en su lecho de muerte es la envoltura romancesca, el falso arreo con que vistió sus puros ideales: ellos no necesitan para vivir y vencer lanzas ni yelmos, ni corceles famosos; les basta un corazón valiente y leal que los albergue y los defienda en el hogar y en el camino, en la corte y en la aldea, porque en todas partes, hasta en aquellas más prosaicas y humildes, puede el héroe dar fe de su divina condición.

Mientras el moribundo se confiesa y hace testamento, lloran amargamente la sobrina y el ama. También para ésta hay un recuerdo afectuoso en las últimas disposiciones de Alonso Quijano; pero las dos mujeres le ven morir con igual dolor que si las de-

jase desamparadas en el mundo. Y ambas imágenes femeninas palidecen entre lágrimas al término de la inmortal novela. Se esconden en las hojas finales, tan modestas y sencillas como aparecieron en las primeras páginas del libro. Han pasado por él sin agitarle, mansas lo mismo que palomas, imprimiéndole una cándida huella de dulzura y bondad. Pero en el amplio y religioso acorde con que el estro cervantino acaba su inmarcesible creación, esas dos hembras tan vulgares se bañan de súbito en transparente luz: al cerrar los ojos del sublime hidalgo entran con él, como imágenes de lo eterno femenino, en la inmortalidad de su gloria.